

estando yo separado del Padre, recibí dinero para mis necesidades¹.»

Una mañana fue el Venerable á visitar á una persona conocida, y apenas la vio, le dijo: «¿Cómo estamos de disposicion para sufrir injurias, afrentas y desprecios? Hoy tendréis ocasion de sufrirlos, y bien graves;» y prosiguió animándola á llevar con paciencia todo lo que sobreviniese, y á pedir á Dios perdon por los que la ultrajasen. Hasta el anochecer no había ocurrido novedad; pero una hora después llegaron á aquella casa dos agentes ó ministros de un tribunal, que con sus groseros modales y descompuestas razones realizaron perfectamente la prediccion del Siervo de Dios.

El P. Juan Bautista Pianciani testifica que el P. Pignatelli entregó á su padre una considerable suma de dinero sin ningun recibo y sin dar á nadie noticia de aquella cantidad para que pudiesen reclamarla en lo sucesivo. He aquí sus palabras²: «El Siervo de Dios puso en manos de Alejandro, mi padre, en la actualidad difunto, una suma algun tanto considerable, para que hiciese de ella el uso que tuviese por bien, que ya la restituiría á sus hermanos, como hizo después de la muerte del Siervo de Dios: el cual no quiso recibo, ni dejó memoria de esta cantidad, que pudo serle de provecho á mi padre en una desgracia que le sobrevino, y fue quizás prevista por el Siervo de Dios.»

«Exhortaba á mis padres,» dice Benito Martínez³, «á no asustarse en las tribulaciones, sino á tener fe y confianza en Dios. Además le dijo cierto día á mi padre, que en su nombre exhortara á su esposa á que se preparase para tribulaciones todavía mayores, si á Dios pluguiere probarla con ellas, como en realidad sucedió: añadióle sin embargo que tuviese firme confianza en la divina asistencia y en la proteccion de la Virgen Santísima de los Dolores, dándole seguridad que después ha-

¹ *Process. Rom.*, fol. 782.

² *Ibid.*, fol. 1041.

³ *Ibid.*, fol. 1081.

bía de ser plenamente consolada. Y todo puntualmente se verificó.»

D. Paulino Fiorenzi Martorelli depone que el P. Pignatelli tuvo conocimiento de alguna cosa de su interior sin que él se la hubiese manifestado¹.

Llegóse cierto día á San Pantaleon para hablar con el P. José un sujeto, el cual, oyendo decir al portero que el Padre estaba fuera de casa, se desató en denuestos é injurias contra el Siervo de Dios, tachándole de hipócrita y embaucador. Cómo lo supo el P. Pignatelli y qué clase de venganza tomó, quiero referirlo con las mismas palabras del H. José Grassi, testigo de vista, que están en los procesos. «Volviendo á casa,» dice, «el Siervo de Dios, preguntóme segun costumbre, si había ido á buscarle. Respondíle que fulano, y se lo nombré: díjele que había sentido mucho no encontrarle en casa; y él me obligó á que le refiriese todo lo que había dicho, cosa que hice á remolque y con mucha repugnancia; pero todo lo oyó con suma indiferencia y sin hacer ningun caso. Al mes, poco más ó menos, por cuanto me acuerdo, el Siervo de Dios tuvo noticia de que aquel hombre había recibido una herida mortal, y estaba en la cama en peligro próximo de muerte y muy necesitado de asistencia. Al punto salí para verle, á pesar de ser de noche, á lo que me parece: le consoló, le confortó en su desgracia, exhortóle á perdonar al ofensor, le dispuso á una buena muerte, le suministró los socorros necesarios, y le envió un Hermano coadjutor que le asistiera hasta la muerte. Por este Hermano supe yo que el moribundo no solo sacó provecho de las amonestaciones y consuelos del Siervo de Dios, mas tambien que á los jueces, ante quienes declaró, suplicóles que no procediesen contra el asesino, porque le había perdonado de todo corazon y esperaba que tambien el Señor le perdonaría á él sus propios pecados².»

De sí mismo refiere el caballero de Rossi, que habiéndosele

¹ *Process. Rom.*, fol. 698.

² *Summar.*, núm. 9, pág. 150.

elegido diputado para ir á París á rendir homenaje al Emperador, corrió á ver al P. Pignatelli y suplicarle que pidiera al Señor no tuviese efecto aquella comision, que estaba muy lejos de ser de su gusto. Prometió el buen Padre hacerlo; y entretanto le aconsejó que se presentara al general Miollis, que le había llamado, y le expusiera sus razones en contra del nombramiento. «Las cuales,» dijo, «no dudéis que se darán por buenas y quedaréis consolado.» Y así fue realmente con gran gozo de su alma.

Cuando las órdenes religiosas fueron abolidas y los Padres de San Pantaleon se vieron en peligro de ser dispersados, estaba un día el H. José Grassi melancólico y pensativo temiendo por su futura suerte, y el P. Pignatelli, que lo echó de ver, le consoló diciéndole que en breve tendría el gusto de ver restablecida universalmente la Compañía. «Con tales palabras,» dice él, «me consolé; y mucho más cuando me dijo que de cierto yo sería jesuíta y moriría jesuíta. Viendo después al Siervo de Dios muy decaído y en peligro de muerte, le dije: «Vuestra Reverencia ahora se va á la gloria, y nos deja á nosotros en estas miserias;» y él me respondió: «No tengáis cuidado, que veréis á la Compañía resucitar, y aquí en Roma más pronto de lo que os parece. Vos, sí, la veréis, yo no la veré.» Lo mismo, y casi en los mismos términos, anunció al H. Santiago Annoni.

Al canónigo Luis Piacentini le predijo que un hermano suyo no sería jamás llamado, como se temían, para alistarse en las milicias francesas.

El cardenal Carlos María Pedicini, gran devoto del Siervo de Dios, depone que en cierta ocasion visitando al Padre para pedirle consejo, él le dijo: «Monseñorito, no le pese de lo que ha hecho, dejando todos sus bienes en manos de la Providencia por no prestar juramento de fidelidad al gobierno [de Napoleon]: pues dentro de no mucho tiempo recobrará una parte de su haber, aunque no todo.» Y así sucedió el año 1815¹. Testifica

¹ *Process Rom.*, fol. 486.

tambien que siempre le hallaba jovial y de humor, aunque no parecía constar sino de piel y huesos, y casi no tenía fuerzas para sostenerse en pie¹. Hallóle un día junto al arco de Patani, delante de la iglesia de los santos Quirico y Julita, sumamente debilitado, y sentado (á lo que recordaba) en las gradas de una tienda, tomando huelgo. Díjole el Padre: «Aquellas buenas siervas de Dios de *Tor di Specchi* me llaman: hay que ir: aquí descanso un poco para proseguir mi camino².»

Por último añadiré para consuelo de los misioneros que trabajan en las Indias en la propagacion de la fe católica, que hablando un día el P. Pignatelli del brazo de San Francisco Javier, que se venera en el Jesús de Roma, dijo: «Tiempo llegará, en que ese brazo se dejará ver vigoroso y activo.» No se sabe á punto fijo lo que quería dar á entender con esto; mas no parece pueda referirse sino á la conversion de los pueblos y naciones numerosas, que fueron ilustrados con la predicacion y milagros del santo apóstol de Oriente.

Al don de profecía acompañaba el de consejo y la que los ascéticos llaman «discrecion de espiritus.» Penetraba hondamente la naturaleza de las personas y cosas: y para bien dirigirlas y disponerlas ateniase al uso de aquellos medios que la experiencia demostraba después haber sido los más acomodados y á propósito para llegar á su objeto: en lo cual solía alcanzar tanto, que á menudo daba consejos y tomaba resoluciones á primera vista muy extrañas y opuestas á lo que á los menos advertidos parecía regular y conducente, pero que el tiempo se encargaba de hacer ver que eran las más acertadas y segun prudencia. Así es que cuantos se dejaban guiar por él, aseguran contestes que jamás dieron golpe en falso; y lo contrario precisamente sucedía á los que se desviaban de sus consejos.

Sobre las mismas enfermedades parecía haber recibido autoridad y poder. Habiendo sabido que algunos de nuestros Her-

¹ *Process. Rom.*, fol. 485.

² *Ibid.*, fol. 481.

manos coadjutores se ponían á menudo enfermos á un mismo tiempo, dijo: «No quiero que enfermen sino uno tras otro:» y yendo á la enfermería, donde estaban dos con calentura, «No va bien esto,» les dijo, «no va bien: basta con uno;» y en el mismo momento la calentura de uno alojó, y él se puso bueno.

Con esta solicitud en aliviar males ajenos juntaba el Siervo de Dios una vida llena de padecimientos interiores. Así se lo declaró el mismo, sin advertirlo, al P. Mariano Postiglione, que fue después General de la tercera orden de San Francisco. Hablando este un día con el Venerable sobre ciertas aflicciones que le aquejaban, ocasionándole no poca pena, recibió de él primeramente señales de tierna compasion; y luégo le exhortó á sufrirlas con resignacion y paciencia, «porque es preciso,» añadió, «que echemos fuertes espaldas; y yo de mí sé decir, que hace muchos años que no piso otro camino que el de las aflicciones y cruces, en las que hallo todo mi consuelo.»

En medio de tantas penalidades le consolaba el Señor no solamente con abundancia de celestiales dulzuras, sino tambien con algunos sucesos de grande consolacion para su Siervo. Uno entre otros fue la inesperada libertad de un grande amigo suyo, bienhechor insigne de la Provincia Napolitana en la reposicion de la Compañía en aquel reino. Trae la relacion de este hecho el autor del Diario¹. El día 30 de Enero de 1811 escribía lo siguiente: «Al tiempo del restablecimiento de la Compañía de Jesús en la corte de Nápoles el año cuatro del siglo, y todo el tiempo de casi dos años que se conservó en ella, oímos hablar del marqués Vecchioni, ministro del rey D. Fernando, como que era el principal ó el único, que les había favorecido y ayudado²..... En esta corte le encontró el rey José Buonaparte cuando entró en ella en Febrero del año seis. Bien presto después de su entrada en Nápoles fue arrestado este marqués Vecchioni, desterra-

¹ *Diario*, Tomo 45, pág. 79.

² Véase la carta del P. Carlos Budardi de 14 de Agosto de 1804, en el libro quinto, capítulo primero, de esta historia.

do de todo el reino, y llevado al Piamonte ó á Francia, y encerrado en alguna fortaleza..... En ella ha estado todo este tiempo, y nadie sabía de él; y ayer impensadamente fue él mismo á buscar al P. Provincial Pignatelli en su escondida casa del *Buon Consiglio*. El Provincial estaba en cama algo indispuerto; pero al oír el nombre de Vecchioni, le dio entrada, y estuvieron en conversacion retirada largo tiempo.»

«Al instante se esparció la cosa entre los jesuítas españoles é italianos, y especialmente entre los que han estado en Nápoles: y se hacían grandes misterios, y se figuraban sucesos muy importantes por la vuelta de este ministro Vecchioni á Nápoles, y por su larga conversacion con nuestro Provincial Pignatelli..... El rey Joaquin Murat ha levantado el destierro á varios obispos, al príncipe Pignatelli, sobrino del P. Provincial, y á otros varios que fueron desterrados por el rey José. Ha hecho, pues, lo mismo con este marqués Vecchioni á vuelta de cuatro años de destierro y de reclusion en un castillo.»